

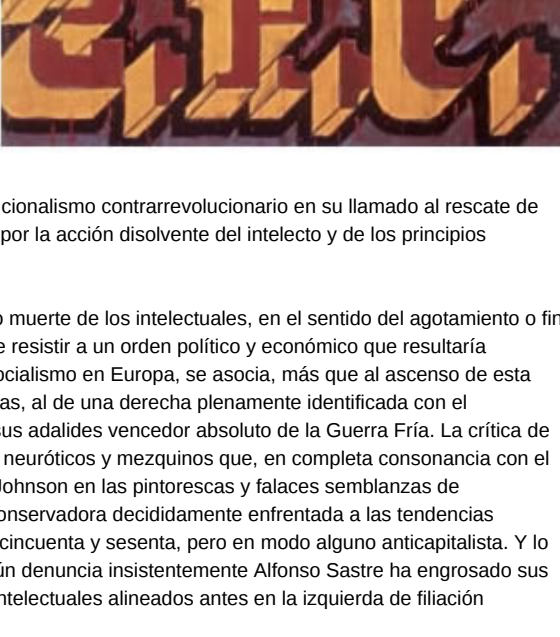


Perfiles excéntricos Duanel Díaz Infante

Ernesto Hernández Busto. *Perfiles derechos. Fisonomías del escritor reaccionario*, III Premio de Ensayo Casa de América

“Nunca como en este período de transición—señala Norberto Bobbio en su introducción a la segunda edición italiana de *Democracia e izquierda*—la cultura de derechas suscita curiosidad e interés tanto por parte de quienes no se identifican con ellas como de quienes sí. Fruto de esa curiosidad e interés son los ensayos que conforman estos *Perfiles derechos*, en cuyo prólogo el autor no deja de señalar su oblicua incidencia sobre los debates actuales en torno a las contradictorias legitimidades de la derecha y de una *intelligentsia* tradicionalmente asociada con la parte izquierda del espectro político.

La caída del Muro de Berlín, inicio del período de transición al que se refiere Bobbio, propicia tanto un renacimiento de la derecha como el cuestionamiento de la figura clásica del intelectual. Sí, como señala Hernández Busto, “el intelectual moderno ha nacido [...] como un héroe anti-derecha” es flogio que la crisis de la izquierda favorezca el auge del antintelectualismo que ha caracterizado a la derecha desde sus orígenes mismos en los tiempos de la Revolución Francesa, un siglo antes de que el emblemático manifiesto de Zola fuera respondido por Barrés y Acción Francesa, con Maurras a la cabeza, conjugando el nacionalismo, el antisemitismo y el tradicionalismo contrarrevolucionario en su llamado al rescate de aquella comunidad “natural” subvertida por la acción disolvente del intelecto y de los principios democrático-republicanos.



Pero el tópico actual de la decadencia o muerte de los intelectuales, en el sentido del agotamiento o fin de aquellos poderes críticos capaces de resistir a un orden político y económico que resultaría fortalecido después del derrumbe del socialismo en Europa, se asocia, más que al ascenso de esta derecha “clásica” que representa Maurras, a la de una derecha plenamente identificada con el capitalismo neoliberal proclamado por sus heredados vencedor absoluto de la Guerra Fría. La crítica de los intelectuales como seres soberbios, neuróticos y mezuquinos que, en completa consonancia con el espíritu de la *“era Reagan”*, hizo el autor Paul Johnson en las pintorescas y felices semblanzas de *Intelectuales*, es fruto de una cultura conservadora decididamente enfrentada a las tendencias liberales y procapitalistas de los años cincuenta y sesenta, pero en modo alguno anticapitalista. Y lo es mucho menos esa derecha que según denuncia insistentemente Alfonso Sastre ha engrosado sus filas con el desplazamiento masivo de intelectuales aliados antes en la izquierda de filiación marxista.

Muy lejos de la moderación de esta derecha favorecida por la derrota de los movimientos anticapitalistas de 1968 y sobre todo por el escandaloso fracaso de la utopía comunista, los escritores que atraen la atención de Hernández Busto son reaccionarios en el sentido original del término, aquel que sugiere una reacción contra los fundamentos mismos de la Revolución Francesa. Como ilustración de la resistencia a los principios de 1789 que la derecha radical del siglo XX hereda de la tradición contrarrevolucionaria de la centuria anterior sirve el siguiente pasaje del diario publicado durante la ocupación de París, en la que participaba como oficial del ejército nazi:

Regresado a la ciudad por vías recónditas. El genio alado de la Bastilla, con su antorcha y con los estabones de la cadena rota que tiene en sus manos, despierta en mí, cada vez que vuelvo a verla, una sensación siempre más intensa de un poder sumamente peligroso, cuyas acciones llegan muy lejos. Ese genio produce una impresión de gran velocidad y a la vez de gran quietud. Venos exaltado allí en el genio del progreso, en el cual aienta ya el triunfo de incendios futuros. Para erigir ese genio de la Bastilla se unieron el espíritu del populacho y el espíritu mercantil, y, de igual manera, están en él emparejadas la violencia de las Furias y la sagacidad de Mercurio. Esa figura ha dejado de ser un símbolo; es un auténtico ídolo, rodeado de esa atmósfera cargadísima que tales columnas de bronce han irradiado a su alrededor desde antiguo.

Cifra de los tiempos convulsos que comienzan con la destrucción del orden monárquico, el progreso es, en la percepción de Jünger, como un río desbordado que acarrea, entre otras interminables catástrofes, el imperio de la medicina y de la abstracción en que consiste la democracia. Que en la doble hostilidad hacia las máquinas y el mercado hay siempre una vena antidemocrática lo ejemplifica asimismo la preferencia, típicamente vialista y nietzscheana, de Ortega y Gasset de la nobleza del guerrero sobre el pragmatismo burgués del comerciante. Pero lo más lamentable de la “rebelión de las masas” era para el más importante de los pensadores españoles del siglo pasado la pérdida de la memoria histórica. La revolución era indeseable porque el afán jacobino de hacer tabula rasa, la ruptura de todo lazo con el pasado, constituía la violación de un derecho fundamental: “el derecho a la continuidad”. No muy lejos en este punto de Ortega, Jünger apunta después de visitar la catedral de Laon:

Cuando estuve en lo alto de la torre, desde la cual abarcaba con la mirada las vías de los trenes, las carreteras atestado de vehículos que por ellas rodaban, los aeródromos a los que llegabas y de los que salían los aviones; cuando estuve allí comprendí la unidad existente entre aquel tiempo antiguo y este de ahora. Sentí que era esa unidad sobre todo lo que en modo alguno debía permitir que se me escapase y me juré no olvidar nunca en lo venidero lo que debo a los antepasados.

Pero a diferencia del soldado alemán más condecorado de la Primera Guerra, el autor de *La rebelión de las masas* prefiere a la democracia liberal en detrimento de sus enemigos totalitarios de la extrema izquierda y la extrema derecha. A pesar de sus posteriores concesiones al régimen de Franco, su conservadurismo era ajeno a todo radicalismo, lo que básicamente lo distanciaba incluso del falangismo, que resultó la forma menos radical del fascismo genérico justo en la medida en que es nacionalcatolicismo y no nacional-socialismo. Jünger es, en cambio, uno de los ideólogos fundamentales de esa “Revolución conservadora” que durante la República de Weimar preparó el ascenso de Hitler. ¿No es precisamente la veta revolucionaria del nazifascismo, el radicalismo con que oponía al capitalismo liberal y a la civilización burguesa una simple restauración de un *ancien régime* sino una visceral renovación de la sociedad y del hombre mismo, lo que lo aproxima a los más destacados escritores reaccionarios del siglo XX?

Tres indiscutibles entre estos últimos—Pound, Jünger y Céline— figuran en la “sombria galería” que nos muestra Hernández Busto. La completan otros dos connotados “colaboracionistas”, Morand y Montherlant, un filósofo del fascismo. Evola, un escritor falangista, Giménez Caballero; el castizo y fascinable Vasconcelos, que remató su accidentada trayectoria ideológica con feos al régimen de Franco, y, último aquí pero primero en el libro que comentamos, Rózanov, el único que, muerto en 1919, no llegó a sucumbir a la tentación de ese totalitarismo que Mussolini definió en la Enciclopedia Italiana al afirmar que “La concepción fascista de la vida es una concepción religiosa en la que el hombre es visto en su permanente relación con una ley superior, dotado de una voluntad objetiva que trasciende lo individual y lo eleva a una pertenencia consciente de una sociedad espiritual”.

Trascendencia y pertenencia que se cumplen en el Estado, una de las dos “escenas primordiales” que en el prólogo Hernández Busto destaca como objeto de las pasiones de los protagonistas de su libro; la otra, la batalla entre el *Volksgeist* y la cultura, sobre el meollo de la nacionalista “revolución conservadora” nazifascista. El triunfo del *Volksgeist* sobre la civilización, de la comunidad nacionalista sobre la sociedad desintegrada, de la sangre sobre el intelecto, de los valores de la tierra sobre los de la ilustración, de la voluntad y de la forma sobre la blandura femenina y el caos democrático, es el triunfo del estado totalitario.

Iluminado de nuevo aquel escenario que las urgencias de la Guerra Fría volvieron remotos, Hernández Busto traza en ocho ensayos autónomos los perfiles de estos escritores reaccionarios que, con la sola excepción de Rózanov, escriben parte medular de sus obras en una entretueras en que el cuestionamiento radical de los valores no ya de la *Belle Époque* sino de todo el siglo XIX propició tanto el ascenso del fascismo como la eclosión de las poéticas vanguardistas y del arte moderno. La reacción fascista ante el liberalismo burgués y el cultivo modernista de una estética raijalmente novecentista, a menudo fascinada por los prodigios de la nueva tecnología, se cruzan en estos “perfiles derechos”.

“Escritores de diferentes lenguas, estilos e intenciones, tal vez no haya entre ellos más vínculo que una ambigua filiación política; todos han sido considerados como representantes de una Derecha más o menos excéntrica.”, señala Hernández Busto desde las primeras páginas del libro. Y el lector podrá comprobar, cuando al recorrerlas se tope con las insólitas analogías de Jünger o con las ideas económicas de Pound, que ciertamente estos escritores son profundamente idiosincrásicos. No sólo representan a una derecha más o menos radical que resulta excéntrica en la medida en que, como se señala en el prólogo, después de la Revolución Francesa el pensamiento reaccionario navegaba contra el espíritu de la época, oscilante entre un centro liberal y una izquierda socialista, ni sólo son excéntricos con respecto a las direcciones más o menos pragmáticas y populistas de los partidos de derecha, sino que, a fuer de contradictorios, algunos parecen excéntricos incluso con respecto a sí mismos.

Aunque en su prólogo Hernández Busto destaca tres rasgos comunes—la fascinación por el mito como forma de resacralizar el mundo, el antisemitismo y la tendencia a la “concepción analógica de la historia”—, el libro carece de todo afán conclusivo o demostrativo. Estos tópicos aparecen eventualmente en los sucesivos perfiles, pero nunca los tres en cada uno de ellos, nunca a manera de pruebas de una tesis o desarrollo de un argumento básico. Lo que importa al autor no es ilustrar el perfil típico de una derecha excéntrica, ni someter cada uno de los escritores abordados a un mismo análisis uniformador, sino mostrar algunos trazos del irreductible perfil de Rózanov, Pound o Vasconcelos.

Al avanzar en las páginas del libro es posible ir advirtiéndolo, no obstante, bajo las originales teorías de estos escritores reaccionarios, un buen número de tópicos comunes, estrechamente relacionados con los tres señalados en el prólogo. La curiosa teoría panssexualista que, según explica Hernández Busto en el primer ensayo, Rózanov opone a un cristianismo destructor de los valores vitales, presenta ya dos temas que encontraremos en casi todos los perfiles siguientes: el nacionalismo xenófobo (según Rózanov, los decembristas “han alterado frivolamente a Rusia. En su lugar, han puesto otra vela. Ella quema ahora con una llama, con un fuego arrojado”) y el antintelectualismo (“La relación Sexo-Dios es más estrecha que aquella entre Intelecto y Dios, e incluso más estrecha que la relación entre la Conciencia y Dios; por eso todos los á-sexuados se vuelven á-teos.”) No sólo porque la xenofobia adquiere casi siempre la especificidad antisemita y los judíos eran comúnmente asociados a la inteligencia elemental, según el establecimiento de temas contra-culturales por escritores como todo por su común resistencia básica a las ideas universalistas de la ilustración y su consecuente filiación con la afirmación romántica de la nación y de lo irracional.

El siguiente ensayo nos conduce precisamente al contexto germánico de aquella “revolución conservadora” que potenció el romanticismo de la tierra y de la sangre hasta la bélica apoteosis de los hornos crematorios. Romanticismo reaccionario que, empuja al fin y al cabo del bochevismo constructivista, es también, como tempranamente advertiera Thomas Mann, un “romanticismo altamente tecnológico”. En “Ernst Jünger: políticas secretas”, Hernández Busto muestra cómo a partir de la estetización de la guerra el autor de *Tempestades de acero* logró conciliar la afirmación modernista de la técnica con el rechazo conservador de la ilustración y el liberalismo causantes del “desencantamiento del mundo”.

Con este mismo tema fundamental de lo que Jeffrey Herf ha llamado, refiriéndose precisamente a los críticos revolucionario-conservadores de la República de Weimar, “el modernismo reaccionario”, nos topamos cuando en el siguiente ensayo Hernández Busto comenta la afición de Morand al automovilismo. Del mismo modo que Jünger contraponía una migración vitalista de las técnicas de la sociedad urbana industrial, Morand, lejos de rechazar de plano la velocidad y la máquina, se entrega a la nueva ebrindad del siglo, no sin advertir que la velocidad mata la forma y, como el consumo, destruye lo individual. Y de esa entrega procede en buena medida el peculiar dinamismo de su prosa. “Habrá que estudiar en detalle las relaciones entre la estética del nuevo siglo y el automóvil.”, señala Hernández Busto.

En el siguiente ensayo, “Montherlant y Céline: notas sobre la secta y el sectario”, en mi opinión uno de los mejores del libro, el autor vuelve a eludir el perfil integral, ensayado en Rózanov y Jünger, para limitarse a destacar unos pocos rasgos que definen el contraste entre el devoto de la secta y el sectario que constituye el sólo su propia secta. El pathos aristocrático del desprecio y el pathos plebeyo del odio. El estilista “cuyas novelas se quedaron siempre a medio camino” y el que “delira en la ebriedad de la palabra: reinventa el estilo de la novela atribuyéndose la misión bíblica de la cosmogonía”. El mayor de los escritores menores y el más “malo” de los grandes escritores de la Francia de entretuerras.

Siendo el orden de lectura que propone el libro, llegamos ahora a “Los fracasos de Ezra Pound”. Hernández Busto rechaza de entrada los múltiples reparos que se le han puesto a *Los cantos*, para abordar enseguida la cuestión del apoyo del poeta al régimen de Mussolini, lo que a su vez lo conduce al tema fascinante de sus teorías económicas. Con abstracción y de concreto el nexo entre la usura y la poética de Pound: la crítica de la cultura que agudiza el afán de lo concreto. La decadencia en la moneda es paralela a la que se da en el lenguaje; superarla sólo es posible elevando a la categoría de valor poético central, y logrando, mediante un estado fuerte, poner coto a ese imperio de la abstracción que, en la base de la democracia liberal y mercantil, levanta la usura.

Para avanzar en la búsqueda de generalidades y conexiones entre los diversos escritores que reúnen las páginas de *Perfiles derechos*, como me gustaría añadir aquí a lo señalado a lo largo de este artículo por Hernández Busto, la demostración de esa práctica que, por disidentarse de las necesidades de la producción, conviene al dinero en algo autónomo y acarrea las catástrofes de lo antinatural y de lo inmoral, es característica de un anticapitalismo contrarreformista que Pound comparte con el llamado Renacimiento Católico de la primera posguerra: Maritain, Chesterton, Weidli, Belloc. En las conferencias de *The Crisis of our Civilization*, donde consecuentemente tomaba partido por el bando derecho de la contienda española, es manifiesta la referencia al rechazo de la usura y la nostalgia conservadora de los tiempos de la sociedad corporativa medieval, destruida por la Reforma protestante, la cual es, para Belloc, la causa remota del comunismo toda vez que este no es sino un hijo bastardo del capitalismo que extrema la esencial impiedad de este.

Y, nos enteramos en el excéntrico ensayo que Hernández Busto dedica a Vasconcelos, recientemente Belloc, citado en una carta donde el pensador mexicano la explica, parece ser una de las fuentes teóricas de su curiosa tesis del *complot judío-masónico*. El autor de *Ulysses criollo* reivindica para México e Hispanoamérica toda la misión del Imperio Español bajo Felipe II: enfrentar la ola reformista proveniente de Inglaterra. Y justo este marco contrarreformista permite explicar, afirma con razón Hernández Busto, tanto el antinorteamericano de Vasconcelos como su antisemitismo. A la consabida identificación entre los judíos y el capitalismo propia de la cultura nazifascista se une ahora el arrielsmo, ese razonamiento “capaz de incluir la guerra norteamericana contra México dentro de la conjura judía expuesta en los Protocolos de los Sabios de Sión.” Y es que en el fondo de la delirante utopía del Ministro de Educación, pulsión que lleva de cabeza a la concepción analógica de la “hombría nuevo”, está la contraposición idealista del espíritu alito al pragmatismo yanqui. “¿Cuándo comenzó el delirio? ¿Con un Ateísmo ministerial publicado a Platino en miles de ejemplares que emergían hoy en las tierras de lance?”; nos preguntamos con el autor de “Odiseo en Aztán”.

Lo segundo que quiero apuntar a propósito de Pound es el hecho de que su crítica de la abstracción y el correspondiente llamado a la concisión procede en buena medida de uno de los padres de la tradición crítica angloamericana que incluye también a Eliot y a los ideólogos del agrarismo sureño: T.E.Hulme. Este poeta y pensador inglés que, muerto en la Gran Guerra, influyó asimismo considerablemente sobre el falangista Ramiro de Maeztu, pronunció en Cambridge una conferencia donde la crítica del romanticismo se unía a una convocatoria a la captación artística de las realidades concretas y finitas. Hulme impugnaba la idea optimista del hombre como rey destronado propia de los románticos y de los príncipios del 89, en la que veía una negación del “sano dogma clásico” del pesimismo. La crítica de Pound a los “diversos planos de posibilidades del hombre y la consiguiente necesidad de la tradición y la organización para hacer de él ‘algo eterno’ era justo un punto de partida de esa “restauración clásica” (*classical revival*) que, después de un siglo de romanticismo, subjetivismo y naturalismo, Hulme anunciaba basándose, por un lado, en las ideas reaccionarias de Maurras, y por otro, en la doctrina de G. E. Moore que oponía al relativismo de los modernos la creencia en la objetividad del bien.

Esta afirmación raijalmente conservadora de la limitación original del hombre es una de las piedras angulares del pensamiento de J.Evola, quien, como Hulme, la toma directamente de Joseph de Maistre. Hernández Busto explica que la crítica del filósofo alito al iusnaturalismo moderno se basa en el señalamiento de que este procede de una concepción utópica de la naturaleza humana. Al igualitarismo mitológico del filósofo fascista el principio patriarcal del derecho romano y el andamiaje de la tradición y la jerarquía. Y la idea del estado autoritario, o mejor, totalitario, que de aquí se desprende implica otro tema fundamental de la derecha que hemos destacado en los perfiles comentados arriba: el tema de la forma.

Para Evola—nos enteramos al leer el interesante ensayo que le dedica Hernández Busto— el estado es una forma y las masas la materia. El principio masculino de la forma “ordena, frena, limita y conduce a una nivel superior los elementos materiales.” La idea del político como artista, desarrollada reiteradamente por Joseph Goebbels en la década del 1930, no es sino el corolario de esta antinomia. No me resisto a reproducir aquí un pasaje de una novela del Ministro de Propaganda de Hitler que Paul de Man cita al final de su ensayo sobre Kant y Schiller: “El hombre de estado también es un artista de color. Él vive en el mundo de las masas y presenta más profeta que filósofo, más agitador y es más. La política es el arte plástico del Estado, y la política moderna que a partir de este arte plástico del color. Es por eso que la política, sin un Estado, o incluso contra el pueblo, carece de sentido. Moldear un Pueblo a partir de las Masas, y un Estado a partir de un Pueblo, ésta siempre ha sido la más profunda intención de la política en su verdadero sentido.”

Valle la pena recordar, a propósito, que *El trabajador*, que fue precisamente el ensayo que llevó a Benjamin a escribir sobre la estetización de la política en el fascismo, se subtitula *Dominación y forma*. Toda la amoralidad que implica la plena aceptación, por parte de Jünger, del proceso que instrumentaliza a los seres humanos (véase por ejemplo su comentario sobre el torpedero humano japonés, citado por Hernández Busto), procede de ese esteticismo antihumanista que constituye uno de los grandes ejes del falangismo del siglo XX, entendido el concepto en el sentido que lo define Broch en su importante ensayo de 1933:

La concepción de la guerra como obra de arte, trascendente de los límites del intelecto tanto como del amorfo anquilosamiento de la vida burguesa, conduce a la estetización de la política que informa a su vez el ideal revolucionario-conservador de una sociedad industrial nacionalista y posburguesa. En aquella Gran Guerra donde las nuevas armas y medios de transporte probaron la obsolescencia de la infantería y la caballería, se produce la ansiada reconciliación de la civilización y el primitivismo, la tecnología y la cultura. De la comunidad espiritual del frente de batalla a la “movilización total” el camino es, entonces, expedito. “La movilización total—escribe Jünger—es un acto a través del cual [...] la gran corriente de energía de la guerra se trasmitió por toda la red extensa y conectada de la vida moderna.”

Lo que constituiría en el nazifascismo una “vuelta contra el mundo moderno”—título de la obra más conocida de Evola—es justo el afán de superar la separación moderna—kantiana—entre lo estético y el mundo de la vida, así como entre lo político y lo ético. El fascismo es, en la concepción de Sloterdijk, una especie de redención de la política por la ética y del individuo por el Estado. Si, como señala Giené, el *homo politicus* y el *homo metaphysicus* surgen paralelamente en la Antigüedad, el fascismo podría verse como un intento de volver a la unidad primigenia de la búsqueda de dios y del Estado. Luego de la muerte de Dios, el Estado—o su hipóstasis: el *duce* o el *führer*—se erigen en principio divino, en *Absolutum*.

Con la estetización fascista de la política nos topamos de nuevo en el curioso perfil de Giménez Caballero, cuya “magistral capacidad para lo estrambótico”, según la exacta definición de Hernández Busto, lo distingue esencialmente de otros escritores de la Falange. Pero no deja el autor de *Arte y estado* (1935) de ostentar también otros rasgos que, en ese último ensayo del conjunto, ya resultan recurrentes: antisemitismo, nacionalismo, antintelectualismo, sacralización futurista de la máquina. “Como los futuristas, Giménez Caballero cuida de equilibrar el mito del maquinismo industrial con reclamos de magia primitiva: “Quien no siente que una religión nueva llena el mundo, no se acerque que los cascos mágicos. No arranque no reliquia, para impregnarse de divino mágn, el lienzo que cubría el diván de la nobleza. Léa a *Prodigios y practica la pértega y la jabalina*. / Pero quien sienta la atracción de la *mentada primitiva y mágica del mundo, el terror totémico ante las cosas, sienta culto a los cascos sobrenaturales del motorismo.*”

Tal atracción primitivista por la magia, que distancia considerablemente del cristianismo ortodoxo a este adalid del culto a la esencia genio de España manifiesto en la doctrina del nacional catolicismo, es típica de la derecha excéntrica del novecentismo. En los umbrales del siglo Acción Francesa había marcado la pauta al tomar distancias del conservadurismo católico tradicional: a Maurras y Daudet le interesaban más el espiritismo y la magia que la teología cristiana, y su instrumentalización del catolicismo llevó al Papa a condenar al movimiento en 1925. De la fascinación por el esoterismo y el orientalismo son ejemplos, entre los escritores que lee Hernández Busto, Rózanov, Jünger, Evola y Vasconcelos.

Jünger proclama un “realismo mágico”. “Idealismo mágico” llama Evola a su doctrina fundamental. Y este *penchant* por la magia, degradado estéticamente y libre ya de sus implicaciones fascistas, ¿no se distribuye en la cultura de masas contemporánea bajo la especie de esos libros de “metafísica” que en las librerías de aeropuerto encontramos a menudo junto a las novelas de esa expositiva del “realismo mágico” latinoamericano que es Isabel Allende? ¿No constituye el aun más popular Paolo Coelho la mejor expresión de esa degradación? ¿No recuerda incluso alguno de sus títulos—*Manual del caballero de la luz*—el tipo de combate metafísico en que es pródiga la obra narrativa de Jünger?

Pero es justo decir que la atracción por el esoterismo y la magia tienen también larga tradición en la cultura de izquierdas, heredera de la rebelión romántica contra la racionalización burguesa que constituye indudablemente buena parte de ese *tertium obdne* se *inter* *duos* que *est* *difficil* *differenciar* *izquierdas* *y* *derechas* mencionado por Hernández Busto al comentar los orígenes vanguardistas de Giménez Caballero. Y no está demás insistir, a propósito, en el hecho de que Evola, quien comparte estos orígenes con Gecé, haya sido rescatado en los 68 tanto por la izquierda como por la derecha, “tanto— en palabras de Hernández Busto—por los más extraños devotos de lo oculto, como por los bufores de moda, que mezclaron a Evola con el comunismo a la page del *Ché Guevara*”.

Otro ejemplo de las eventuales tangencias de la izquierda y la derecha radicales ofrece el autor de *Perfiles derechos* cuando recuerda la reivindicación del anticapitalismo furibundo de Pound que por esos años de utopías hace Ginsberg, leader de la *beat generation*. Y, ya que he mencionado antes al autor de *El alquimista*, recuerdo aquí que el hippismo está en el comienzo de su trayectoria artística. Suja contrarrevolución de los sesenta no dejó de tener puntos de contacto con la derecha fascista, la obra de Coelho mencionada por Hernández Busto al comentar los orígenes vanguardistas de Giménez Caballero. “El libro y las masas (Paolo Massini) se presenta más profeta que filósofo, más agitador y es más. La política es el arte plástico del Estado, y la política moderna que a partir de este arte plástico del color. Es por eso que la política, sin un Estado, o incluso contra el pueblo, carece de sentido. Moldear un Pueblo a partir de las Masas, y un Estado a partir de un Pueblo, ésta siempre ha sido la más profunda intención de la política en su verdadero sentido.”

Como, según señalé agudamente Susan Sontag, siendo el fascismo moderno de la sexualidad, se tiene a erotizarlo, la cultura de derechas promontora en la teoría y en la práctica de sociedades cerradas, es vista aquí como reducto de una diferencia que, en última instancia, es plus mitopoiético que el liberarismo, centro desde el siglo XIX de un espectro poliarizado por la derecha reaccionaria y la izquierda socialista, no cesa de amezax.

Creo, sin embargo, que el planteamiento de Hernández Busto merece considerablemente de nuestra “dialéctica” entre el avance de la ilustración y las reacciones románticas que caracteriza a nuestra cultura en los últimos dos siglos. Si es indiscutible que el contrato social de la democracia liberal erosiona el fundamento mítico de la comunidad, también lo es que la cultura mitopoiética retorna como reacción al moderno “desencantamiento del mundo”. De hecho el romanticismo, hontanar de buena parte de la cultura de derecha y de izquierda del siglo pasado, es impensable sin la Revolución Francesa y el ascenso del liberalismo en Europa, mientras la literatura del liberalismo hay “algo propio de un *significado diferente* para los diversos planos *etno-culturales*—es qué se *piene* *reintegrablemente*.” Lo es también que esa pérdida está en su origen mismo de la excéntrica cultura de derechas que representan ejemplarmente Pound y Jünger.

Desencantamiento y resacralización, historia y mito, ilustración y romanticismo son en buena medida impulsos tan contradictorios como complementarios. Lo que en mi criterio caracterizaría hoy a una cultura fundada sobre principios democrático-liberales es una básica aceptación de la inevitable pérdida de ese “algo”—mito, aura, sacralidad, naturaleza, inmediatez, divinidad—y una lúcida conciencia de las funestas consecuencias de los impulsos utópicos que a lo largo del pasado siglo intentaron trascender radicalmente las instituciones básicas de la modernidad, ora desde la derecha extrema de inspiración nietzscheana, inclinada a la reificación nazifascista (Jünger), ora desde la extrema izquierda de inspiración luckács, confiada en que la dialéctica revolucionaria superaría la alienación de la cultura capitalista (Luckács).

Aun en México, la extensión de la democracia representativa al fin de una cultura mitopoiética sólo en tanto fundamento de la esfera social, pero en no tanto creación individual, que es lo que al fin y al cabo interesa a Hernández Busto. El propio caso de Paz, que llamó en 1969 a oponer al México del Zócalo, Tlatelolco y el Museo de Antropología no una nueva imagen sino la crítica, “ácido que dissolve las imágenes”, demuestra, además, que no se trata simplemente de una opción entre cultura delirante y normalidad liberal, mito y democracia. Ejemplo como pocos de la fidelidad a la aspiración romántica y surrealista de alcanzar aquella mitad humana velada por la racionalización moderna, el autor de *El libro de la Soledad* no olvida sin embargo el fracaso de lo que llama el “movimiento revolucionario decimonónico” en el período de la *Revolución mexicana*, de un modo u otro, la poesía en la historia. Crítico acósmico del desarrollismo decimonónico que informa al liberalismo tanto como al marxismo, Paz lo es en la misma medida de los totalitarismos de izquierda y de derecha.

Su posición me parece entonces ejemplar frente a la de algunos como Pound. “*El fracaso moral de un poeta megalómano—afirma Hernández Busto—no gracia noticia si no viniera acompañado de la ambiciosa empresa poética que son los Cantos. Sería a estos, el fracaso de Pound adquiere tanta importancia como algunos ‘éxitos’ de sus contemporáneos. Necesitamos ese fracaso puesto que ilustra un elemento rebelde de la modernidad: el desalio del poeta ante la prosa del mundo.*” Creo, por mi parte, que lo que necesitamos no es el fracaso de Pound sino la histórica lección que nos deja sobre a dónde puede conducir la rebelión de lo poético frente al mundo prosaico de la modernidad concreta y liberal. Cuando el prólogo sostiene, a propósito de los famosos casos que justifican rasgos “excéntricos” en el perfil del intelectual moderno: “*Algunos se les repone que esas morfológicas ‘fisiologías su talante pesuista, no hay que olvidar que en literatura ese impulso se traduce a veces como un intento por elevar el estilo a la categoría de perpetuum mobile histórico.*”, ¿no sugiere Hernández Busto, más claramente que en sus comentarios de Rózanov, que hay cierta relación necesaria entre la cultura de derechas y la calidad literaria?

En todo caso, si es indiscutible que *Perfiles derechos* es, además de un conjunto de ensayos sobre escritores reaccionarios, una decidida profesión de fe literaria. “La literatura—afirma en algún momento del *perders*—es superior a la política, con ella se logra el mínimo de coherencia necesario para el autor en su época.” “*La diferencia entre el poeta y el político* que Montherlant comparó con el ruido del mar en las *Caracaras*.” Aunque en el prólogo escribe que “con algunos casos que justifican rasgos ‘excéntricos’ en el perfil del intelectual moderno”, este libro invita a repensar esa ecuación demasiado fácil entre los intelectuales y la izquierda. Rózanov, Morand, Montherlant y los demás aparecen en los sucesivos comentarios de Hernández Busto mucho más como escritores que en tanto intelectuales.

En el propio prólogo, unos párrafos más adelante, el autor suscribe la idea de Stéphane Zwaganski, a propósito de Céline, de que las críticas centradas en la cuestión del antisemitismo “han evitado utilizar el único criterio básico para el estudio de aquello que de cerca o de lejos concierne a un escritor: sus propios textos.” Si esto fuera cierto para el caso del escritor, no lo es de ninguna manera para el intelectual, que lo es justamente porque también le concierne aquellas cuestiones que trascienden los límites de la escritura: Poco interésado en el campo específico de la intervención intelectual, a todo lo largo de la historia del pensamiento, el crítico literario se ha limitado a la tarea del intelectual que es sin embargo irreductible a la figura del escritor. ¿Mirado desde la perspectiva del intelectual y no desde la de la escritura poética, no arrojara el “fracaso moral” de Pound conclusiones distintas a aquellas a las que arriba Hernández Busto?

Terminan con esta interrogación estos comentarios que han intentado, primero, establecer algunas relaciones entre los rasgos radicalmente conservadores destacados en los ensayos reunidos en *Perfiles derechos*, y dialogar críticamente, después, con el autor en torno a algunos puntos centrales y en mi opinión no suficientemente desarrollados del conjunto. Ahora lo que acaso debió ir al principio. Destacar no sólo la excelencia de este libro que por su propia angustia cultura literaria y una prosa atónos quitados, sino también su singularidad en el panorama actual un grámico del ensayo cubano contemporáneo. Aunque en la perspectiva académica y la temática cubana que prouintieron entre nuestros cultivadores del género, estas *Fisonomías del escritor reaccionario* son, de tan singulares, auténticamente excéntricas.

¿No constituyen, en medio de la inquietante proliferación de escritos académicos de escasa imaginación e infeliz prosa, casi una excelentidad estos ensayos que ejercen a plenitud la libertad del estilo y del pensar, abordando no sólo a los muy conocidos Pound y Jünger, sino también al exótico Rózanov y al olvidado Giménez Caballero? Pues más excéntrica aún que la total falta de vicios ensayísticos es la también total ausencia del tema cubano que limita a la mayoría de nuestros ensayistas. De la rigurosa empresa de embarcarse en autores y temas que trascienden las fronteras de la propia cultura nacional y sus pequeñas coyunturas críticas, Hernández Busto ciertamente la ha salido airoso.

No quiero dejar de notar, sin embargo, que la profesión de fe literaria que hay en estos ensayos, así como su interés por ciertos elementos de la cultura modernista conservadora, informan evidentemente la interpretación de Lezama que Hernández Busto ofrece en un ensayo publicado recientemente en *Cuadernos Americanos*. Pero abundar más en esto, recuperando la excentricidad del libro que nos concierne para los debates nacionales de la hora seria, aún de suprema mezquindad, tema para otro escrito. Que den entonces las reflexiones anteriores como invitación—algo excéntrica, quizás— a la provechosa y amena lectura de estos excéntricos *Perfiles derechos*.

Duanel Díaz Infante (Cuba, 1978) Crítico literario y ensayista. Licenciado en Letras por la Universidad de Habana en 2002. De septiembre de 2002 a agosto de 2004 fue profesor en la Facultad de de Artes y Letras de esa universidad, impartiendo cursos de *Literatura Cubana* y *Teoría Literaria del siglo XX*. Ganó el **Premio de Ensayo Néstor Cerdena** en su edición de 2009 con el libro *Matador o Reina de la historia*, publicado ese año por la editorial Letras Cubanas, que mereció además el **Premio Nacional de la Crítica Literaria** otorgado a los diez mejores libros publicados en 2003.

volver arriba